**El Cuadro de Vida** Eleonor Machuca Verdejo

El atardecer se veía hermoso desde el balcón de la mujer. Colores anaranjados, rosáceos y celestes pintaban el cielo tan maravillosamente bien que incluso la pila de papeles botados en el piso de su habitación lucía hermosa. El sol estaba perfectamente redondeado, como si un artista renacentista hubiese dibujado sobre el firmamento. Belladona se sentía ciertamente de buen humor. Sus investigaciones iban por buen camino y su esposo Casio parecía empezar a obtener resultados en sus experimentos. Entre sus meditaciones decidió sentarse en la silla mecedora más cercana, decidida a hacer un boceto del paisaje que se mostraba ante ella.

Partió tomando el lápiz punta fina de su colección proveniente de Italia (un regalo de Casio) y comenzó el primer trazo. La Señora Berkins fue al laboratorio a realizar sus pruebas de sangre semanales durante la mañana. Recordar la maravillosa visión de aquellas partículas moviéndose en el líquido rojo le causaba una gran satisfacción. Los experimentos que llevaba un año realizando habían mostrado frutos, sólo necesitaba la autorización para cosecharlos. No esperaba grandes reconocimientos acerca de sus avances, aunque deseaba con todas sus fuerzas ver las caras de aquellos ingratos de sus compañeros al observar su éxito temprano. Belladona alejó el cuaderno unos centimetros .de sí misma para apreciar lo que llevaba: las olas de mar parecían calcadas en el papel, con todas sus curvas, gotas y movimientos, y la pradera que llenaba todo el acantilado comenzaba a tomar forma. La mujer deseaba en lo más profundo de su ser que sus pruebas no afectaran al hijo que estaba esperando. Hace unas semanas le había escuchado al Señor John decir que una de sus pacientes falleció por la radiación constante a la que se había visto expuesta por dos años seguidos. No sabía si podía ocurrir lo mismo con un humano en gestación, pero tampoco quería alejarse del laboratorio. Era un escape de su vida diaria.

La vida de Belladona no había sido mala, pero la monotonía la mantenía aburrida la mayor parte del tiempo. En su infancia, vivió en una mansión enorme a las afueras de la ciudad, tenía grandes vitrales en los descansos de la escalera que mostraban las más hermosas imágenes de familias perfectas. La habitación en la que durmió por 20 años era más grande que cualquiera que hubiera visto en la casa de alguna de sus amigas: dos balcones, un gran sillón rosa pastel debajo del Salvator Mundi de Leonardo Da Vinci, una hermosa cama con cojines de plumas y un cobertor suave y esponjoso, la alfombra traída de Arabia Saudita que recorría de esquina a esquina el lugar y muchos libros. Su padre era un señor adinerado y siempre le traía tomos nuevos para que se hiciera experta en las ciencias. Tenía una biblioteca enorme en la que pasaba tardes completas leyendo, pero cuando acabó todas las colecciones no supo qué hacer. Pasó años memorizando las fórmulas químicas y los elementos de la tabla periódica hasta que conoció a Casio Dorvjuinsky en una junta de jóvenes científicos. Incluso en ese entonces parecía un señor experimentado y respetable: con un cabello negro impecable peinado hacia atrás, gafas de montar cuadradas con marcos de punta redonda, chaleco y pantalones beige con una corbata roja y un cuaderno grueso listo para apuntar cualquier idea nueva. Le pareció atractivo desde que lo vió, sólo meses después se enteró que pertenecía al Clan Dorvjuinsky, herederos de casi todos los bancos del país y, por lo tanto, excesivamente ricos. Si su (ahora) esposo no se le hubiera acercado, es probable que no hubiesen cruzado palabra. Belladona era tímida e ¡nocente, todo lo contrario a Casio, que a su joven edad ya estaba bastante experimentado en las matemáticas de la vida. Se enamoraron al instante, pero se casaron dos años después. A pesar de tener un esposo maravilloso, una vida llena de comodidades y un hermoso hijo en camino, Belladona no era feliz. La mujer terminó su boceto, apartó el lápiz en la mesita más cercana y lo posicionó en su

de aquel viaje, abrazó fuertemente a Casio, como si fuera la primera vez que lo viera en siglos. Sentir el contacto con su camisa blanca, el olor de su perfume en el cuello y la sensación de su cabello entre sus dedos fue el mejor regalo que aquel regreso le había ofrecido.

Belladona alejó unos centímetros el lienzo. El océano estaba terminado y la pradera lucía maravillosa con todos sus verdes. En el momento que se disponía a agarrar otro pincel y el color naranja para pintar el cielo, una fuerte contracción muscular logró que inclinara su cuerpo hacia delante y soltara la tela con la obra. La pintura blanca se esparció por el piso de madera hasta meterse entre las tablas, los pinceles rodaron hasta caer por el balcón y la mesita que se encontraba a su lado se tambaleó fuertemente hasta lograr botar todos los frascos con pinturas. La habitación matrimonial era un desastre de azules, verdes, blancos y anaranjados, y el aroma que despedían no era precisamente el mejor. Las piernas de Belladona se encontraban mojadas y coloridas al igual que la silla. Su cónyuge no se encontraba en casa y no llegaría hasta la madrugada del día siguiente, pero parecía que su hijo no iba a esperar a su venida. La mujer hizo un esfuerzo sobrenatural por levantarse y correr al baño. Ya allí llenó la bañera Con agua tibia y se sumergió, dispuesta a limpiarse todo el cuerpo para traer a su retoño tranquilamente en la cama. Tomó el jabón más cercano y se restregó la piel hasta verla rosada. Luego salió y se secó con la tela más cercana a su mano. Se vistió rápidamente con las ropas más cómodas para después recostarse en la cama y aguardar.

Pasaron las horas y su hijo no venía. La mujer tenía cierto conocimiento de la anatomía femenina gracias a sus investigaciones en el laboratorio, pero no lograba encontrar la respuesta a sus malos presentimientos. Siguió esperando durante toda la noche hasta el amanecer, momento en el cual decidió levantarse y limpiar el desorden causado por las pinturas. Sería casi imposible desteñir los tablones de madera de la mezcla de colores derramada en el lugar, pero al menos taparía los frascos y los dejaría sobre el escritorio. Cuando intentó levantarse no podía, era como si su cuerpo no respondiera, como si se hubiese dormido sin su cara. Trató de mover la extremidad derecha, pensó con todas sus fuerzas en desplazarla al menos unos centímetros, pero sencillamente no podía. Estaba cansada y exhausta, se sentía sola y desamparada en una mansión al borde del acantilado, sin ayuda en caso de que su parto comenzara con problemas y tuviese que recurrir a la mano médica. Intentó relajarse y pensar en aquellas tranquilas tardes en Grecia, leyendo un libro o charlando con Casio, pero no causaba efecto. Luego, sintió un líquido correr por su garganta y salió disparada al baño, sin saber en dónde encontró las fuerzas para moverse. Tenía fiebre. No estaba segura de haber leído esos síntomas al momento del parto, pero llevaba ya casi 24 horas lista para dar a luz a su bebé y este seguía sin salir. Volvió a ver el paisaje del atardecer desde su cama, admirando como si fuese la última vez aquella gama de colores tan perfecta y especial. Su lienzo seguía tirado en el piso, completamente destrozado a causa del volcamiento de la pintura blanca y azul sobre la tela. Al menos podría contarle en un futuro a su hijo la anécdota de cómo se dió cuenta que él estaba a punto de nacer. Seguía con la temperatura alta y un inmenso dolor en su estómago. La joven decidió cerrar sus ojos y descansar un momento, estaba segura de que su cuerpo la despertaría en cuánto su criatura se sintiera lista para ver el mundo.

Cuando Cassio llegó a su hogar y se acercó para besar a su mujer, sólo encontró una masa fría y sin vida. No importó cuánto hizo para reanimarla, cuánto le rogó que volviera a respirar, cuánto deseó haber llegado antes de la convención para pasar las

campo de visión. Definitivamente ese talento con el arte que tenía era espléndido, esperaba algún día lograr pintar algo tan maravilloso como El Nacimiento de Venus de Sandro Boticelli, o El Juicio Final de Miguel Ángel. Pero al menos ahora se sentía conforme con el borrador del atardecer, así que tomó un pincel grueso y comenzó a pintar la pradera, luego continuaría con el amplio mar y al final el cielo.

Para pintar la pradera escogió el verde más parecido a los pastos y maleza del paisaje, Un verde exclusivo traído de Barcelona que emanaba un agradable aroma a oportunidades, otro regalo de Casio. Aún recordaba cuándo se lo obsequió, había sido en su primera cita. Para ser la primera vez que estaban los dos solos no fue una terrible y vergonzosa experiencia, por el contrario, sintió desde el primer momento la inmensa comodidad a su lado. Decidieron ir juntos a visitar la Basílica de la Sagrada Familia de Antoni Gaudí en Barcelona, España. Un viaje de negocios exigía la presencia del menor de los Dorvjuinsky en aquella ciudad y, cuando su amado le preguntó si deseaba acompañarlo, no dudó la respuesta ni por un instante. La maravillosa obra arquitectónica había logrado cautivar todos los sentidos de Belladona, logrando dejarla impresionada por la cantidad de detalles que esta contenía, aunque aún no estaba terminada. Además, la presencia de aquel hombre tan intelectual y encantador le proporcionaba una dicha inexplicable. En aquel momento la mujer sólo pudo pensar'que le encantaría sentir para toda su vida las sensaciones que el lugar y su amor le dedicaban. Días más tarde, una vez que Casio hubo terminado con sus negocios y obtuvo el financiamiento que necesitaba para comenzar su experimento, la pareja se dirigió a la Catedral de Burgos, lugar de descanso del increíble Rodrigo Díaz de Vivar, digna representante de la arquitectura gótica. Nuevamente, la mujer pudo sentir como todos sus sentidos salían de sí y un nuevo sentimiento de éxtasis le recorría la espalda. Se dió vuelta para observar a su esposo mirarla unos pasos más atrás de donde ella estaba. Fue en ese momento cuando Casio y Belladona supieron que se habían enamorado. Ya de vuelta en París, se presentaron a sus familias mutuamente y prometieron asegurar su matrimonio.

Una vez pintada la pradera se debe comenzar con el mar. La científica cambió el pincel por otro más delgado y tomó de la mesa a su izquierda un azul metálico. Sumergió el utensilio hasta la mitad en la pintura y desplazó con delicadeza, de lado a lado, el instrumento para empezar a darle color al océano. Hace unos meses, poco antes de quedar embarazada, se subió a un barco junto a su esposo con el propósito de que ella pudiese hacer una bitácora de los trabajos de los marinos con motivos de investigación. Al recordarlo- aún podía sentir la suave brisa de los atardeceres soleados, las frías mañanas en altamar y las desastrosas tormentas ocurridas en los 5 meses que estuvieron a bordo. Para su suerte, sus escritos pasaron fronteras y fueron traducidos a decenas de idiomas diferentes, aunque mayormente eran científicos o aficionados a la biología marina quienes lo leían. Casio lo leyó una vez y, para felicitarla, le obsequió una colección de pinturas azules que adquirió en Asturias, junto a una copia de María Magdalena Penitente de Leonardo Da Vinci. Para continuar con el mar y darle vida a su obra, Belladona alcanzó la pintura blanca que estaba en el suelo, justo al lado de su pie derecho. Se balanceó un poco en la silla mecedora y abrió la tapita azul que resguardaba el colorante. Luego, tomó otro pincel punta fina de la pila de libros que se encontraba a su izquierda y empezó con los detalles. Aquel color le traía recuerdos del templo Taj Mahal en la India, un mausoleo construido en honor a la tercera esposa del emperador musulmán Shah Jahan, llamada Mumtaz Mahal, luego de que esta falleciera dando a luz al decimocuarto hijo de su esposo. Hace un año había viajado sola a aquel país en búsqueda de inspiración para continuar con el experimento que podría catapultar su carrera como científica. Allí conoció esa obra de la arquitectura mogola y un par de libros que explicaban su historia. Encontró adorable y romántico el actuar del emperador y lloró en silencio frente al lugar hasta el atardecer. Cuando volvió

últimas horas de su esposa a su lado, ella no volvería. Se había quedado sólo, esposa y sin hijo, en aquella mansión al borde del acantilado.